

MEDITACION XX

TERAPÉUTICA DEL AMOR

III

EL PROCEDIMIENTO CASAL

Salí de casa del filósofo Sixte, admirado por haber hallado en aquel gran analista un lado... ¿me atreveré a decirlo? algo simple. Pero ¿a quién no ha sucedido el dejar a un escritor, admirado de sus obras, con esta misma impresión? Sería necesario no ver nunca de cerca a aquellos cuyos libros nos gustan, por la sencilla razón de que en la mayor parte de los hombres, el sér social y el sér interior no se parecen, y cuanto más vigoroso y rico, amplio y fecundo es el sér interior, más dificultad tiene en manifestarse en toda su verdad a través del sér social. De esto resulta malestar, timidez y torpeza para el hombre célebre a quien un admirador visita, y para éste desencanto y desilusión.

Reflexionando bien en ello, tuve, sin embargo, que reconocer que el método del psicólogo, expresado en

términos demasiado pedantes y con tan torpe precisión, resumía algunos de los procedimientos capaces de atenuar el amor, completado, sobre todo, por las indicaciones del doctor Noirod. Comprendo que un enamorado que siguiese ese método, obtendría ciertamente un gran alivio. Y si esto es así, ¿por qué entonces que a la vez me parece muy eficaz, juzgo grotesco ensayar su aplicación? Sencillamente, porque descansa sobre «una petición de principio», para servirme del duro lenguaje propio de los Adriaes Sixtes. Poder someterse a ese método, supone ya una media curación. Lo que es menester suscitar en el enfermo de amor, es el deseo, el verdadero deseo de curarse, pues éste le falta, por más que se queje de su mal. ¿Qué he hecho yo mismo desde que he empezado a escribir este libro? Complacerme en mis dolores, maldiciendo de ellos. Sufro por la ausencia de mi amada; pero en el fondo, muy en el fondo, gusto de este sufrimiento que me mata, y me acuerdo de una frase extraña que me dijo una mujer abandonada por Mareuil: «¡Ah! dejadme llorar, es todo lo que me queda de mi dicha pasada...» Ya está hecha la triste confesión que justifica la indiferencia absoluta de los confidentes a quienes hacemos nuestras lamentaciones nosotros, los amantes profesionales, que llegamos siempre como los polizontes cargados con informes, con malas noticias que denunciar. Nos parecemos a los morfínómanos que se desesperan por las funestas consecuencias de la narcótica droga, por su salud perdida, por su energía destruída, y que, sin embargo, se separan de vos para pincharse otra vez. ¡Qué admirable es la frase del Padre de la Igle-

sia, qué apropiada a todas las lepras morales y a esos vicios dolorosos de que somos a la vez el Jeremías y el Narciso: «No existe más que un remedio para la tristeza, es no amarla...» Lo mismo es decir que no existe, porque poder no complacerse en la tristeza, es no estar ya triste; en su amor, es no estar ya enamorado. Querer curarse, es estar curado, lo que redundaba en este aforismo, tanto más horroroso, cuanto más evidente:

XCV

El único remedio posible contra el amor es no amar ya, lo mismo que el único remedio contra la muerte, es vivir.

* * *

... me acuerdo. Formulé esta nada consoladora máxima, la misma noche después de mi visita a Adrián Sixte. Comí frente por frente de mi *spleen* en un restaurant cualquiera, y después pasé un par de horas en el circo, siguiendo con mis gemelos el trabajo de los gimnastas, de aquellos de quienes me decía en otros tiempos Barbey d'Aureville: «Esta es la única escuela que tenga estilo, hijo mío. Lo que éstos hacen con su cuerpo, debemos hacerlo nosotros con nuestro espíritu...» La ociosidad me llevó, a eso de las doce, al Círculo de la plaza Vendôme; entré en la vasta sala del piso bajo en el preciso momento en que el ayuda de cámara voceaba: «Señores, hay una banca de doscientos luises.» Los jugadores diseminados por los salones se aproximaron a la mesa, como en Virgilio

los enjambres de abejas a la llamada del bronce. Hacía muchos años que no apuntaba yo a una carta; pero habiéndose presentado a mi mente la frase de Sixte: «Aconsejaría el juego, en pequeño...» ¿Por qué no? me dije: y pedí cincuenta luises al mozo encargado de este servicio. «Cuando los pierda, me iré...» Heme aquí, pues, con un rastrillo en la mano, apoyando los codos en el tapete verde, sentado entre dos camaradas en traje de *soirée*, con un lápiz delante de mí y una cartulina dividida en varias columnas, encabezadas con las fatídicas letras B y P (Banca y Puestas), para apuntar en ella las jugadas, «el espíritu de la talla...» como la llaman los jugadores. Las cartas empiezan a funcionar, y las frases oídas otras veces en este mismo sitio, se esparcen por el aire entre los: «Encartes. Doy. Ocho. Está bien», reglamentarios.

—Saveuse gana siempre su primer golpe...

—Es casi desleal el jugar la mano de Machault, porque pasa siempre cinco veces...

—Esto es lo que sucede cuando se tira a cinco. El cuadro está envenenado...

—Tengo por principio no barajar nunca las cartas...

—No es extraño que la mala suerte nos acompañe... Ahí está de Here...

Existen así, para todo sitio especial, frases obligatorias que se pronuncian necesariamente en el intervalo de una hora. Las hay para entre bastidores, para las librerías, para las salas de esgrima, para los estudios de los pintores, para los restaurantes, y yo diría con mucho gusto a los que se ríen de esto: ensayad,

ir dos veces allí y pronunciaréis, a pesar vuestro, esas mismas palabras, porque expresan lo que flota en la atmósfera de esos sitios. Estas incoherentes locuciones de los jugadores no expresan más que la sensación de la casualidad, y todos, aun los que juegan para ganar y que, por consiguiente, no son verdaderos jugadores, van a buscar esa sensación en el juego. El buen Sixte tenía razón, este vicio produce en el alma una necesidad de ansiedad, que los moralistas, de vista corta, no han tenido en cuenta. ¿Pero qué es lo que estos moralistas tienen en cuenta? Pronuncian un solemne «es nocivo...», y luego os bosquejan el retrato del hombre equilibrado que deberíais ser. ¿Quién nos suministrará conocedores del alma humana con bastante valor para mirarla bien de frente, bastante videntes para leer bien en ella, bastantes compasivos para tenerla lástima, bastante sabios para dirigirla, y bastante completos para aplicar su ciencia con ese no sé qué de tanto artístico que faltará siempre a los filósofos de oficio?...

Empujando o retirando mis fichas blancas o encarnadas, y a pesar de las alternativas de ganancia y de pérdida, no podía yo conseguir que el juego me interesase verdaderamente y consideraba una vez más cuán difícil es practicar el desvío moral aconsejado por el psicólogo Sixte. Desde que la fatal manía amorosa existe en mí, soy refractario a toda emoción que no sea ésta; he notado que han desaparecido uno en pos de otro mi amor propio como autor, la afición a la buena mesa, a la cultura y a la elegancia; los nobles y los repugnantes apetitos, mis elevadas tendencias y mis ridículas pretensiones, la pasión amorosa

lo ha derretido todo, como las viruelas trastornan todas las facciones de un rostro. No he conservado de mi antiguo «yo» más que ese extraño poder de desdoblarme, de servirme a mí mismo de espectáculo, orgullo para mí en ciertas horas, remordimiento en otras y que me sirve de distracción ahora.

Me estaba mirando jugar y ganar, pues ganaba también yo alguna que otra mano; y perder, comprobando que mi única emoción consistía en saber el punto de la carta que daba el banquero, nada más que esto, una leve curiosidad. Luego miraba a mi alrededor procurando adivinar las diversas impresiones de los puntos, del banquero, o de los curiosos que miraban el juego. La luz del gas alumbraba aquellos rostros parisienses con la verdadera claridad que conviene a fisonomías estragadas por las pasiones. Un ruido muy especial, el de las fichas de nácar movidas por enervadas manos, acompañaba los rumores de la mesa y detrás de la mayor parte de los concurrentes podía yo colocar, si no una historia, a lo menos una situación y un carácter. Me decía: «Este juega, porque necesita dinero, y este otro también; pero el primero es prudente, y el segundo no. El uno se irá después de una serie de pérdidas o de ganancias; el otro se quedará y correrá tras las malas cartas.» Divisaba en otros, que me consta son ricos, que van allí todas o casi todas las noches a impulso de esa maquinal costumbre, o mejor dicho, imposibilidad de acostarse que tienen algunos hombres en París antes de las cinco de la madrugada. Adivinaba en unos que su permanencia en aquella sala era para poder decir al día siguiente: «He perdido o ganado

anoche quinientos luises.» Otros, desterrados en provincias la gran parte del año, van al juego, como van a las carreras, o a casa de las *cocottes* o a otro sitio cualquiera. Algunos pertenecían, como yo, a la raza de los aburridos que buscan por todas partes el medio de distraer su pena. Los eliminé sucesivamente para concentrar mi atención en tres individuos, célebres los tres, por haber ganado y perdido sumas enormes; en éstos conocí al jugador, al verdadero amante de la sensación de la casualidad, al hombre profundo y absolutamente poseído por el demonio. Estudiando sus rostros, descubrí en ellos huellas de potente voluntad y los signos característicos de la violenta energía que empuja al hombre a arrostrar los mayores peligros para experimentar cierta palpitación, que en el fondo es análoga a la de la guerra. Comprendía yo mirando a aquellos hombres, que en toda pasión realmente completa existe una poesía, un no sé qué trágico y casi grandioso. Uno de ellos había tomado la banca, la repuso varias veces y perdía unos cien mil francos. Sabía yo que era casado, padre de familia, muy inteligente, muy cortés y poco acaudalado. Su rostro impasible y como encogido, expresaba cierta resolución dando las cartas, parecida a la que hubo de presentar el de Bonaparte la víspera de Brumaire. Me acordaba en aquel momento de Benjamín Constant, pidiendo a las cartas, en el *Círculo de los extranjeros*, las últimas vibraciones de su sensibilidad; y filosofando mentalmente, empujé mi montón de fichas que en aquel momento estaba doblado. Era yo mano, volví un ocho... hubo un instante de silencio. Los puntos contaban con la mala

suerte del banquero, que miró a derecha e izquierda los montones de fichas. La partida era enorme, el banquero a su vez, volvió sus cartas, tenía nueve. Había perdido yo mis cincuenta luisas, lo que no es poco, para un pobre diablo de escritor. El placer que me produjo la inmovilidad del rostro de aquel hombre a quien aquella ganancia salvaba tal vez del suicidio ¡quién sabe! hizo que abandonase yo mi asiento sin pesar alguno. Acababa de ver el juego encarnado en un apasionado que, seguramente se saltará la tapa de los sexos cualquier día; pero habrá vivido, y le envidié al pensar que no me pareceré a él nunca, ni yo ni ningún enamorado, porque no tenemos el alma bastante templada.

* * *

—«¿Os habéis hecho jugador ahora? ¿Poséis todas las elegancias?...»—me dijo, dándome cariñosamente en el hombro, cuando abandonaba yo la mesa, un hombre en quien conocí a Raimundo Casal—. Mucho tiempo hace que no le veía, sí, desde el día en que me envió sus notas respecto a los celos.—Pronunció esta frase con una imperceptible sonrisa irónica; comprendo que me consideraba algo así como un escritor que imita al hombre de mundo, esta impresión que le produce hace cuatro o cinco años era bastante justa entonces; pero hoy no lo es, y él lo ignora. ¿Por qué le guardaría yo rencor? ¿No nos parecemos todos en eso de no tener en cuenta nunca esta verdad, tan vulgar, sin embargo, que todo cambia, especialmente el corazón, de año en año y de

mes en mes? No hice caso, pues, de la fina broma de Raimundo, que me aprecia, a pesar del *snobismo* que pensó ver en mí y que creo no tener ya. Sin embargo, ¿no lo es todavía el conceder tanta importancia a las infidelidades de una amada con éste o con aquél?

—A fe mía—respondí a este hombre de talento—, acabo de pagar cincuenta luisas por el placer de asegurarme de la tontería de un hombre de genio...

—No es caro... ¿Pero cómo ha sido eso?—me preguntó—; y sentándonos en un diván, le conté mis visitas a casa de Noirod y de Adrián Sixte, le expuse mis preguntas al médico y al filósofo, sus teorías y mis diversas tentativas para aplicarlas.

Este vividor incorregible me estaba escuchando, dando golpecitos con la contera de su bastón en la punta de su bota de charol. Cuando yo empecé á descollar y mis primeros éxitos literarios me transportaron de repente de mi celdita del Barrio Latino al mundo de los vividores, el modo de vestir de Casal, me acuerdo bien de ello, me hipnotizaba de un modo tal, que si algunos de mis colegas hubiesen sospechado siquiera la intensidad de esta impresión mía, les hubiera proporcionado asunto para escribir una buena crítica en algún periódico. Aún hoy siento la alegría de un artista, pensando que si viviera un Van Dyck, un pintor de la criatura colmada de dones por la naturaleza y de la poesía del traje, el Van Dyck de aquel admirable retrato del marqués de Brignole Sale, que se hallaba en el Palacio Rojo de Génova, hallaría en este parisién un modelo digno de su pincel. Luego Casal ha amado, ama todavía a una mujer

de su sociedad, tan pérfida para con él, como lo fué Coleta para conmigo, y el sentir las mismas penas es un lazo que une fuertemente a dos hombres, aun cuando uno sea un *gentleman* discreto que calla sus miserias, y el otro un bohemio algo tocado de la cabeza, que divulga demasiado las suyas; como me acontece a mí, pues para no faltar a esta mala costumbre, le dije en seguida que el enfermo a quien se trataba de curar era yo. Casal se encogió de hombros, y atusando, con la mano que le quedaba libre, su fino y largo bigote, dijo:

—Los filósofos y los médicos conocen las pasiones, como se conoce la gramática de un idioma que no se ha hablado nunca... Noirot os ha tomado por un histérico y un dispéptico. Adrián Sixte, por un libertino, un ocioso y un neurótico... Algo de todo esto hay en vos; pero nada tiene que ver con vuestro amor... Es necesario comprendáis que para el amor no hay análisis, ni anatomía, ni raciocinio...

—Sois muy severo para mi libro—dije interrumpiéndole.

—No, no—me contestó—; el emborronar papel os sirve de alivio, y siempre habrá algunos lectores que se os parezcan, lo leerán, y su lectura los aliviará. Esto es ya un resultado; pero mejor hubiera sido, para vuestra curación, no escribir ni *fisiología*, ni *psicología*, ni nada que termine en *logia*, y haber visto a vuestra amada por la mañana, a medio día, por la tarde, por la noche, poseyéndola lo más que os hubiera sido posible...

—¡Y mi honra como hombre!—exclamé.

—Llamáis a eso honra—repuso—cuando es ape-

nas una herida en la vanidad... Fijaos bien en lo que voy a deciros; he reflexionado bastante en todo eso que nuestros pedantes llaman filosofía; pero sin fórmulas y según los hechos. Cuando se llega a casa a las dos de la madrugada, diciéndose uno que nunca, nunca conseguirá desembarazarse de una imagen que se tiene siempre delante de los ojos, se mira algunas veces el revólver, acordándose de los compañeros que se han proporcionado el olvido de todas las penas con ese juguete de acero y se formula una teoría a su manera... Se pregunta uno a sí mismo por qué la línea de una boca, por qué el color de unos ojos, por qué el contacto y el olor de cierto cutis, por qué determinado ardor en los abrazos nos destruyen todas las fuerzas del sér, y cómo puede suceder esto a los treinta y seis años ya cumplidos cuando se cree uno fuera del alcance de estos males y que... Pero no se halla otra respuesta, sino que, «eso es, porque es». Bien establecida esta verdad, no quedan más que tres partidos que seguir. El revólver es uno de ellos; mas éste no se toma, sino que es él el que se apodera de nosotros. El suicidio es un acto de locura que en la generalidad de los casos ni se puede mandar, ni se puede impedir... El segundo es el que habéis adoptado; consiste en luchar. ¿Cuánto tiempo lleváis de ponerlo en práctica?

—¡Hace ya muchos meses!—repliqué.

—Y ya veis con qué éxito. Habéis experimentado los mayores sufrimientos de la pasión, sin gustar ninguna de las alegrías que proporciona, alegrías deshonorosas, envenenadas, acres, duras, feroces, todo cuanto queráis; pero que, sin embargo, son alegrías...

y este es el tercer partido, el único razonable, a mi parecer, en este loco frenesí que se llama amor; aceptar este amor, hundirse en él cada vez más, embriagarse, en fin, con esa mujer que constituye vuestro vicio... Quien dice saciado, dice curado... Y si esa saciedad no os proporciona la curación, habréis conseguido a lo menos aminorar vuestra locura... He aquí el método, os lo doy por lo que vale. Son las dos de la mañana, ¿queréis tomar algo antes de ir a acostaros?

--Tengo una manía—le dije sentándonos en la mesita, sobre la cual una taza de caldo y fiambres estaban preparados

--¿Otra?—me preguntó alegremente Raimundo desdoblado su servilleta.

--La de presentar como aforismos las observaciones que me parecen justas.

--¡Cómo! ¿Trabajáis de ese modo el pensamiento? No habréis observado entonces cuán fácil es trastornar el sentido de los más célebres, quedándose tan verdaderos como antes de su transformación? ¿Queréis ejemplos?: *El corazón proviene de los grandes pensamientos... No se tiene nunca bastante fuerza para sufrir los males ajenos... El yo solamente es amable... Nada es tan verdadero como lo bello...* Estas son algunas máximas que me he entretenido en variar de sentido, y ya veis...

--Me depraváis—dije entre serio y risueño—; ¿no creéis en nada, pues?

--Ya que es gusto vuestro—repuso—busquemos aforismos, no serán más falsos que otros muchos.

Y cuando volví á mi casa anoté las cinco reflexio-

nes siguientes, que son el producto de la anterior conversación. Casal decía que más vale esto, que perder cincuenta luises:

XCVI

Pensar mucho en un sentimiento o luchar contra él, es exasperarlo.

XCVII

La mujer que amamos es la única que pueda curarnos del mal que nos produce.

XCVIII

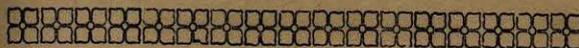
Raciocinar a fin de conseguir no amar, es para un enfermo de amor, demostrarse que es una miseria el estar enfermo, y esto le hace más miserable y más enfermo todavía.

XCIX

Se sabe que se ama; pero se ignora por qué se ama, cuándo se ha empezado a amar, y cuánto y cómo. El buen sentido aconseja, por lo tanto, no contar, para combatir un sentimiento tan indefinible, tan instintivo y tan tenebroso, más que con esta idea: todo acaba.

C

Abandonar a su amada para olvidarla, es una máxima de tanta sabiduría poco más o menos como ésta: dejar de comer para no sentir nunca dolor de estómago. Eso es lo mismo que dar a elegir a un goloso entre morir de hambre o de indigestión. ¿No sería insensato escoger el hambre?



MEDITACIÓN XXI

UN SENTIMIENTO VERDADERO

DESDE EL PUEBLO DE SAN SATURNINO (PUY DE DÔME)

Tengo una duda. Estos trastornos que he procurado definir, porque los he sufrido, esa alocada epilepsia interior cuyas angustias he referido, esos encuentros de individuos de un sexo con los de otro, cuyas crueldades mezcladas con tan punzantes dulzuras he demostrado, esta herida abierta en el alma, cuyo remedio en vano he pedido al cinismo de los médicos, a la frialdad de los filósofos y al escepticismo de los vividores, todo esto, ¿es verdaderamente la vida? Sí, he sufrido por mi amada hasta la agonía, he sentido a su lado y al amor de sus caricias, embriaguez de deleite que sobrepujaba todas las fuerzas de mi sér, y tan intensas, que tocaban casi a la desesperación. Los celos me han atenazado y en ciertos momentos, cuando determinadas imágenes se presentaban a mi pensamiento, mis nervios se debilitaban, una mano invisible me apretaba la nuca, la punta de un cuchillo desgarraba mi corazón, mi cerebro